

Pizarro, Yanina; Marchena, Jorge
Inundaciones en el río Tempisque: historia y percepciones sociales (1900-2007)
Revista de Ciencias Ambientales, vol. 36, núm. 1, julio-diciembre, 2008, pp. 19-27
Universidad Nacional
Heredia, Costa Rica

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=665070696003>



Revista de CIENCIAS AMBIENTALES

Tropical Journal of Environmental Sciences



Inundaciones en el río Tempisque: historia y percepciones sociales (1900-2007)

Floods in the Tempisque River: History and Social Perceptions (1900-2007)

Yanina Pizarro ^a y Jorge Marchena ^b

^a y ^b Los autores son especialistas en historia ambiental, estudiantes de posgrado en la Universidad Nacional, Costa Rica.

Director y Editor:

Dr. Eduardo Mora-Castellanos

Consejo Editorial:

Enrique Lahmann, UICN, Suiza

Enrique Leff, UNAM, México

Marielos Alfaro, Universidad Nacional, Costa Rica

Olman Segura, Universidad Nacional, Costa Rica

Rodrigo Zeledón, Universidad de Costa Rica

Gerardo Budowski, Universidad para la Paz, Costa Rica

Asistente:

Rebeca Bolaños-Cerdas



Inundaciones en el río Tempisque: historia y percepciones sociales (1900-2007)

por YANINA PIZARRO y JORGE MARCHENA

RESUMEN

Se aborda la problemática de las inundaciones del río Tempisque desde la perspectiva de la historia ambiental, enfatizando en el desarrollo de ella a lo largo del siglo XX y concentrando la atención en los poblados de Filadelfia, La Guinea, Ortega y Bolsón, localizados todos en las márgenes del Tempisque. Se pretende demostrar que las inundaciones no son eventos nuevos ni provocados únicamente por la naturaleza, sino que están íntimamente relacionados con actividades humanas y procesos extractivos de muy antigua data. Asimismo, se toma en cuenta las diversas percepciones sociales como una herramienta útil para entender las inundaciones desde la perspectiva particular de los pobladores.

The present article is about the subject of the floods from the perspective of the environment history, making emphasis on the development of this problem in the course of the twentieth century and concentrated in the populations of Filadelfia, La Guinea, Ortega and Bolsón, all settled in the margins of the Tempisque river. The objective of this work is to demonstrate that floods aren't new or trigger only by nature, but are also linked to human activities that for decades has used the natural resources of the basin. Likewise, social perceptions are considered like a tool to understand the floods from the position of his inhabitants.

En los últimos años, las noticias acerca de la ciudad de Filadelfia -en Guanacaste-, asolada por grandes inundaciones, han sido frecuentes, lo mismo que el temor a que el dique local ceda, provocando una mayor tragedia. La situación de Filadelfia no es excepcional, ya que también otros poblados del cantón de Carrillo, como La Guinea, ubicado en la margen derecha del río Tempisque, y las localidades santacruceñas de Ortega y Bolsón, ubicadas en las inmediaciones de algunos afluentes del mismo río, se encuentran afectadas. Ante esta situación, resulta indispensable un análisis en perspectiva histórica, como una vía efectiva para conocer los cambios y permanencias del entorno y el papel que en éstos ha jugado la acción humana.

Historia de las inundaciones del Tempisque

No son pocas las personas que afirman que cada inundación del Tempisque “había sido la peor de todas”, que “ahora son más peligrosas que las de antes”, o bien que en el impreciso pasado “jamás” se habían inundado. Tras llevarse algunas casas o bienes materiales y obligar incluso a la evacuación de varios pueblos, las aguas generalmente arrastran hasta el olvido la memoria histórica de otras inundaciones. A tal extremo que hasta las “llenas” del mes anterior rápidamente se pierden en el olvido. Los actores sociales en zonas aledañas al río Tempisque suelen no recordar que, mucho antes de que ellos colonizaran esta cuenca, ya era normal que el río ocasionalmente se desbordara.

Recordar y entender las inundaciones conduce a reconstruir el paisaje que rodeaba al Tempisque. La belleza natural de Guanacaste es evidente, pero lamentablemente es solo un vestigio de la original. Siglos atrás, durante la época precolombina, en la cuenca del Tempisque imperaban los densos bosques y la abundante fauna. Esto cambió un poco durante la Colonia, pero sobrevivieron sin mayor alteración vastos bosques hasta el siglo XIX, como lo demuestran diversas crónicas de viajeros europeos en las que, hacia mediados del siglo XIX, se hace referencia a “las márgenes del Tempisque, uno de los ríos más hermosos del mundo” (Meléndez 1974: 234).

De igual forma, a principios del siglo XX distintos viajeros describían Puerto Humo, en el Tempisque, como un lugar ampliamente cubierto de bosques altos que fueron mermando con la tala, dando paso a un panorama

repleto de maraña en la vegetación superficial y abundantes bancos de arena. Entre las especies de árboles estaban el poró-poró, el guayabo, el guanacaste y el cedro amargo. Las aves eran garzas de tipo real, azul y gris, así como gallinetas, algunos lagartos, monos congo, cariblancos y loros. El ancho del río, de acuerdo con este viajero, era de 400 o 450 metros (cerca del actual Bolsón). En estas primeras décadas del siglo XX ya existían extensos potreros, pero coexistían con amplias selvas, aunque no es claro si eran bosques primarios o secundarios.

Desde la época colonial y hasta las primeras décadas del siglo XX, el paisaje del río se caracterizó por una exuberante vegetación y por la diversidad de fauna. No obstante, los cambios en el uso del suelo, la intensificación de la actividad ganadera, la agricultura comercial (de granos básicos y de caña) y la sobreexplotación maderera (para la elaboración de muebles y exportación) condujeron a un paulatino deterioro de la cuenca, que se agravó notablemente después de 1950.

Las inundaciones han sido un problema común desde la época colonial (Peraldo 2004: 7), debido a lo llano del terreno y a que los ríos se llenan en el periodo lluvioso. No obstante, desde 1883 la ciudad de Filadelfia (por entonces la más grande de la zona) había intensificado la explotación maderera para su exportación hacia Estados Unidos y Europa y, también, para el mercado interno. Por entonces, los vecinos solían vender derechos para la corta de madera, y fue tal la cantidad de árboles talados que, según referencias debidamente constatadas, las balsas se formaban con miles de “tucas” que luego arribaban a Puerto Ballena para su posterior exportación. Es claro que los bosques fueron masivamente talados.

Paralelamente a la tala, y desde antes de 1910, las márgenes del Tempisque estaban degradándose rápidamente. La zona se tornó “arenosa ... de exigua vegetación, en lugar de arcilla y aderezo de árboles” (Meléndez 1974: 375). Estas carencias de árboles y demás pronto degenerarían en mayor aridez de la tierra, por el rápido crecimiento de los potreros, entre otros cambios, que globalmente influyeron en la conformación de espacios más expuestos y frágiles a los estragos de las inundaciones. Inicialmente, en 1905, los primeros problemas provocados por las inundaciones se relacionaron con la incomunicación y el aislamiento de Filadelfia, ya que en “la época lluviosa queda incomunicada con el interior de Liberia pues solo un globo puede viajar en esa época...” (*El Noticiero* 4-11-1905). Sin embargo, pronto el problema se agravó, dado que las inundaciones alcanzaron los cinco pies de altura (153 cm.). En 1907, las poblaciones debieron desplazarse a otros sitios por la fuerte crecida del río que traía consigo grandes árboles y arrastraba cultivos de arroz, frijoles y maíz; asimismo se perdió gran cantidad de ganado.

Al tiempo que el problema se agudizaba, en la fase anterior a 1940, con ayuda del Servicio Técnico Interamericano (Stica) las grandes haciendas construyeron profundos pozos y algunos canales para regar cultivos, lo cual demuestra que muchas de estas modificaciones giraban en torno a los beneficios generados por el río, ya fuera por acceso al agua o mejoras en las rutas comerciales, por lo que el ambiente se estaba alterando sensiblemente, sin que se tomara en cuenta los potenciales riesgos que se originaban a mediano y corto plazo. Ya para 1939 la Municipalidad de Filadelfia se había sumado a los intentos por controlar el río, construyendo un borde o cortina de cemento en el cauce; sin embargo, el problema persistía y, por ello, poco tiempo después el Ministerio de Fomento destinó 25 mil colones para construir dichas defensas (*La Gaceta* 18-5-1939).

Las inundaciones del Tempisque no son aisladas, generalmente las acompañan desbordes en los ríos Cañas, Las Palmas, Enmedio, Diría, Charco y Bolsón, que perjudican en un efecto dominó (cuando se inunda uno, sucede lo mismo con los otros) a los poblados más cercanos, como Paso Tempisque, Río Cañas, Barrio Limón y Santa Bárbara. Así, por ejemplo, el río Cañas se desbordó en 1954 arrastrando casas, cultivos y puentes, en tanto se registraba inundaciones en todo el resto de la región estudiada (*Pampa* 10-1954). Nuevamente, en 1955 y 1959, el Tempisque asoló la región y comunidades como Filadelfia, Bolsón, Ortega y La Guinea enfrentaron inundaciones entre septiembre y octubre, que se extendieron por más de tres días, alcanzando alturas mayores a un metro. Éstas se consideraron más hostiles que las de años anteriores, ya que, adicional a la llena, se dio la carestía de víveres y medicamentos, fuertes corrientes, incomunicación (perjudicó la carretera interamericana) y todas las regiones agrícolas de Carrillo resultaron anegadas, con las consecuentes pérdidas totales en cultivos.

En estos años se advierten diferencias en el discurso en torno a las inundaciones. Por una parte, la “causa” principal se relacionaba con una fuerza descontrolada de la naturaleza (huracanes) y cada vez el río era más poderoso y perjudicial, es decir, ya no se trataba solo del río, sino que se daba la concurrencia de una fuerza mayor. No obstante, no solo las inundaciones se habían modificado sino también el entorno humano, pues ahora las nuevas carreteras de asfalto impedían la permeabilidad del suelo o se convertían en literales diques, mientras que otras calles funcionaban como cauces anexos de los ríos (como sucedía en el centro de Filadelfia). Por otra parte, otro aspecto novedoso fue la mayor importancia concedida a la protección de la agricultura de granos básicos, que a partir de 1950 cobró mayor fuerza y reclamó grandes extensiones de tierras antes cubiertas por bosques.

Las medidas básicas -como el dragado de ríos-, que en estos primeros años demandaban la remoción de árboles caídos en los cauces, resultaban insuficientes. Estas prácticas se convirtieron, en 1955, en un reclamo común de los vecinos al Gobierno, el cual procuró satisfacerlo por medio de Defensa Civil (germen de la futura Comi-

sión Nacional de Emergencias). Aunque los más perjudicados no fueron los pobladores, sino la Cámara de Ganaderos, que en esos años reportó pérdidas superiores a los cinco millones de colones en todo el sector del Pacífico. En la década de 1960, alternaron las inundaciones y la sequía, pero las primeras fueron de una intensidad notable. De acuerdo con Álvaro Cascante, vecino de Ortega, la inundación de 1960 “fue la más grande que he visto” (Cascante 2008); la altura fue tal que ninguna, ni siquiera las posteriores, se le aproximó. Este pequeño temporal, como la prensa lo calificó, obligó a una masiva evacuación que se prolongó por tres días y desplazó a más de 200 familias. En estas inundaciones, principalmente las de 1960 y 1969, los daños materiales y humanos fueron considerables. A diferencia de la creencia popular imperante, en la región afectada sí hubo muertos en dos ocasiones, pero este hecho fue totalmente olvidado y solo en la prensa o en otros documentos se menciona, pero con un incierto número de víctimas.

En la década de 1960, las inundaciones se describen como más extensas, de más o menos una semana de duración, con nuevos ríos desbordándose y con múltiples evacuados, como en Bolsón con 387, en Corralillo con 112, en Ortega con 498 y en La Guinea, donde toda su población fue evacuada. Cabe recordar que, antes de 1950, estas localidades estaban escasamente pobladas, por lo que la llena no es que fuera más fuerte sino que afectó a una mayor población.

Es a partir de este periodo que se puede construir un patrón generalizado de las inundaciones, que se mantiene con pocas variaciones hasta el presente. Por lo general, la zona donde se concentra la atención mediática es Filadelfia, aunque esto no implica que sea la más perjudicada; La Guinea debe ser evacuada casi totalmente cada vez que se da una inundación severa, y Ortega-Bolsón permanecen incomunicados.

En la década de 1970, las mismas poblaciones se inundaron encarando los mismos trastornos y efectos. Esta vez los habitantes presentaron fuertes críticas y reclamos, con el fin de que se construyera un dique o muro de contención, resguardando específicamente la zona de Filadelfia. Tal obra fue construida hacia 1974 y para su levantamiento se requirió de la colaboración de los vecinos del centro de Filadelfia, quienes tuvieron que donar o entregar parte de sus solares o terrenos para la efectiva construcción del dique. A la postre, el muro protector tuvo una longitud superior a los tres kilómetros y una altura promedio de seis metros, extendiéndose desde el actual barrio Los Jocotes, en el norte de la ciudad, hasta el barrio Los Bambúes, en el sur.

El tipo de dique hecho en Filadelfia es de los más baratos y rápidos de construir, lo cual explica que desde su levantamiento ha presentado diversas deficiencias: se encuentra desprotegido respecto del margen del río (por una escasa vegetación), está expuesto a la erosión y las filtraciones de agua y es propenso a fracturas. Estas deficiencias no tardaron en hacerse manifiestas, ya que en el mismo año -1974- nuevas inundaciones asolaron la zona, aunque no el centro de Filadelfia. La situación del principal poblado estuvo lejos de ser afortunada pues, aunque no hubo inundación, las calles ubicadas a los extremos del dique, se convirtieron en cauces temporales y la ciudad, en esta y las siguientes inundaciones, quedó convertida en una isla, totalmente rodeada de agua e incomunicada por vía terrestre.

La inundación de 1974 afectó a las comunidades de la zona de manera severa y, aun así, las personas de la comunidad no lo recuerdan. Contrariamente, la prensa y los sectores productivos sí lo tuvieron presente: el 19 de septiembre *La Nación* anunciaba: “Temporal interrumpe vías y causa inundaciones en Guanacaste”; dos días después remarcaba que había “Millones de colones de pérdidas por inundaciones en Guanacaste” (*La Nación* 19-9-1974 y 21-9-1974). En estos artículos se describía la zona de inundación, pero los montos de las pérdidas económicas eran imprecisos, como se denota en la siguiente cita: “Las inundaciones en la provincia de Guanacaste, causadas por el desbordamiento del río Tempisque, en todo el valle del mismo nombre, han dejado pérdidas que se calculan en varios millones de colones ... Grandes extensiones de terreno, cultivadas en su mayoría con arroz, y fincas ganaderas, situadas a ambas márgenes del río, están totalmente cubiertas de agua y en algunos lugares tienen hasta tres metros de alto en extensiones de cinco kilómetros a cada lado.” (*La Nación* 21-9-1974). Resulta más que evidente que en esta información el poblador estuvo ausente de las afectaciones del río y que la verdadera emergencia estuvo representada por los daños en infraestructura y, más aun, por las pérdidas en cultivos de arroz y en las haciendas ganaderas, situadas en las márgenes del Tempisque.

Las inundaciones reaparecieron en 1979, afectando esta vez las zonas desprovistas de dique, es decir, La Guinea, Corralillos y las incomunicadas comunidades de Ortega-Bolsón. Por supuesto, se dieron masivas evacuaciones y el río se desbordó al norte de Filadelfia en Paso Tempisque y en Catsa (Central Azucarera del Tempisque S. A.). Tras los funestos procesos de cambio y las alteraciones provocadas por las obras de infraestructura, es claro que tanto la dinámica del río, como el mismo paisaje se habían modificado sustancialmente y, con esto, subsecuentemente, el grado de impacto de las inundaciones. La cuenca del Tempisque actualmente no ofrece gran variedad de vida, para muchos pobladores más bien ha comenzado a lucir como un área agonizante.

Además de la gran tala ya antes referida, en la segunda mitad del siglo XX se extrajo gran cantidad de árboles con el propósito de extender las zonas agrícolas. En el paisaje de la década de los setenta quedaban residuos de vegetación en los potreros que servían como sombra para el ganado. En las zonas aledañas al río se podía encon-

trar los llamados playones, propicios para las actividades recreativas de la comunidad. Con posterioridad a la construcción del dique, el río se encontraba a unos 200 metros de ése, por lo que aún eran abundantes la vegetación y la tierra firme. Este espacio fue reducido considerablemente en las últimas décadas por la continua tala de árboles y la falta de reforestación, lo que, sumado a las inundaciones y a la erosión, alteró el cauce, y algunos consideran que ahora es más estrecho (Canales 2008).



Costa Rica

Comisión Nacional de Emergencias

Otro factor que ha cambiado el cauce ha sido los nuevos asentamientos humanos. En Filadelfia, antiguas zonas agrícolas cercanas al río, como los Jocotes, La Guinea y Corralillo, paulatinamente han sido ocupadas por la creciente población y han sido más afectadas por inundaciones. En ello ha tenido que ver la sobreexplotación del suelo para cultivos y pastos, además de la predisposición a desbordes en estos terrenos y la carencia de un muro de contención. A la anterior situación habría que agregar que, años después de la construcción del muro, durante la década de los ochenta, se formaron los dos barrios denominados Los Bambúes, el primero como un proyecto de vivienda de interés social y el segundo como un precario de inmigrantes extranjeros. Este último se ubicó fuera del área protegida por el dique, contiguo al río, en una zona que, como más adelante veremos, se ha tornado más inestable y propensa no solo a inundaciones sino también a deslizamientos. En resumen, la situación es de clara y lamentable degradación e, incluso, en diversas fotografías aéreas se advierte la disminución de la cobertura boscosa en el río, y en muchas zonas como las urbanizaciones ya citadas casi no existe, y, en otras, son solo delgadas franjas. Algunos manglares desaparecieron, no hay pesca a causa de la contaminación y las aguas lucen inútiles y casi sin vida, en gran medida por la contaminación de las agroindustrias, los residuos de agroquímicos y también por la basura vertida junto con otro tipo de desechos humanos.

El problema de la contaminación no es reciente. Desde 1981 se menciona masivas muertes de peces y aves en el Tempisque, ocasionadas por el lavado irresponsable de contenedores de pesticidas. Ante denuncias, el Ministerio de Agricultura hizo investigaciones, pero era iluso esperar una recuperación del lugar. Además de la contaminación, en los ochenta irrumpió la sequía, causada no simplemente por el “cambiante” clima del trópico seco,

sino por la acumulación de daños humanos: deforestación masiva, erosión aparejada, sobreexplotación, actividades productivas excesivas y abuso de las reservas de agua por parte de los asentamientos humanos.

Paralelamente a la sequía, en esos años se estableció el Proyecto de Riego Arenal-Tempisque con el propósito de aliviar la escasez de agua y reactivar la producción de la región. No obstante, las grandes empresas y haciendas optaron por aplicar la tecnificación construyendo múltiples canales, diques y pozos e instalando bombas de extracción de agua (aun más grandes que las de los años cuarentas), que con facilidad se observan a ambos lados de las márgenes del Tempisque. Además de estas obras, el Proyecto de Riego Arenal-Tempisque, a través del trabajo conjunto del Servicio Nacional de Riego y Avenamiento y la Comisión Nacional de Emergencias en 1982 (*La Gaceta* 24-3-1999), “corrigió” el cauce del Tempisque, arguyendo que así se ayudaba al buen desplazamiento de las aguas, pero pareciera que, más bien, se agregó nuevos problemas, como el continuo daño/alteración de cauces o canalizaciones sin planificación. Todo esto ha conllevado una sobreexplotación del agua que podría constituir un potencial problema o desastre para los sectores productivos y para el conjunto de la población de buena parte de la península de Nicoya.

Este paisaje alterado con canales y demás ha implicado un fuerte cambio en los cauces de los ríos; el agua se ha contenido pero no siempre se ha desaguado, y si las inundaciones no afectan directamente a Filadelfia sí perjudican a otras zonas, debido a que el Tempisque, con su caudal excesivo, no se desagua y, con la fuerte marea en la desembocadura (en el golfo de Nicoya), el agua puja por otra salida, que termina siendo los mismos cauces de los ríos tributarios, como el río Las Palmas, que corre paralelo al Tempisque y, junto con éste, rodea a Filadelfia, o el río Cañas, que corre hasta Santa Cruz perjudicando diversos poblados, como barrio Limón y Río Cañas. Lo anterior implica que las inundaciones han sido forzosamente desplazadas a otras zonas, perviviendo también algunas de las tradicionales. Regularmente, en los meses de octubre del periodo 1980-1985, la región nuevamente se inundó, dándose como explicación que se trataba únicamente de un “sistema de baja presión” que afectaba especialmente a La Guinea, zona indefensa ante inundaciones.

En la década de los noventa se repitieron afirmaciones en el sentido de que la inundación de 1995 fue la “más grande de todas”, afirmándose lo mismo de la de 1998, de la de 1999 y de otras posteriores al año 2000. Estas inundaciones se consideraron provocadas por huracanes, pero pocas fueron las veces en que se mencionó la tala, la influencia de otras actividades productivas o la creciente extracción arenosa, consolidada a finales de los noventa. Esta inculpación a los huracanes se puede deber a la tendencia de los medios de comunicación a tipificar el desastre como un evento exclusivamente natural o del todo ajeno a la influencia humana. Tales inundaciones fueron severas en lo económico, con varios miles de millones de colones en pérdidas, y obligaron a la reubicación parcial de poblados en riesgo (principalmente de Los Bambúes y de poblaciones de Paso Tempisque). Por ello no sorprende que cada año se prometa, se espere, se proteste y se incumpla el traslado o ayuda a estas comunidades.

De igual forma, se exige constantemente la reparación y extensión del dique de Filadelfia, el cual se repara casi todos los años para, poco después, quedar en igual o peor estado. Quizás a raíz de esto las comunidades expresan (por la prensa escrita y otros medios) que las inundaciones han empeorado, que zonas que antes no se inundaban ahora se ven afectadas, que las llenas tienen mayor duración y que “hay más agua”. Esto, como ya se ha dicho, es solo parcialmente cierto, pues en realidad lo que sucede es que los nuevos ríos que tienden a inundarse son los tributarios del Tempisque, muchos pequeños y con bajo caudal, que a causa de los bloqueos existentes en el núcleo de la cuenca ahora se sobrecargan y, por ende, tardan más tiempo en desaguar, inundando incluso durante semanas.

En los últimos años, la continua tragedia de las personas luce como un simple añadido o apostilla del problema y, entonces, de una forma muy materialista, el sector más afectado resulta ser el económico y no se sopesa suficientemente las necesidades de la población local. De este modo se remarca que las actividades productivas más afectadas han sido la caña de azúcar y, más recientemente, el melón, ya que ambos sustituyeron a los granos básicos. Llamativamente, si bien el arroz ha manifestado sus reclamos por las inundaciones, los expertos afirman que, al contrario, éste se beneficia mucho de las inundaciones (Retana y Solórzano sin fecha: 8). Este bienestar quizás se pueda extender a otras actividades, dado que las inundaciones pueden arrastrar sedimentos que nutren los suelos y que, a largo plazo, mejoran la productividad general de la zona. Prescindiendo de lo anterior, estos terrenos han mostrado una alta fertilidad, pero en el discurso de las grandes empresas lo importante de subrayar es las pérdidas económicas a corto plazo para solicitar reajustes crediticios, subsidios y otras facilidades que les beneficien (*La República* 20-10-1995).

Dentro de este marco de desequilibrio progresivo, las inundaciones se han hecho más frecuentes a partir del año 2000, y en algunas zonas su impacto es muy severo. Lo anterior, como ya se expuso, fue causado por la alteración de los cauces y por los distintos efectos derivados de la ocupación de terrenos por diversas poblaciones con limitaciones socioeconómicas, pues antes de 1990 prácticamente no existían precarios tan grandes en la zona estudiada, y ya en 1995 se reportó daños serios en casas que estaban virtualmente en el lecho del río o en terrenos planos que en época de inundaciones se convierten en salidas de él.

Los efectos son más patentes en la periferia de Filadelfia: en Los Jocotes, que logra sobrevivir sin mayores problemas, y en Los Bambúes, donde continuamente las aguas han arrasado las precarias casas del lugar (hasta unos tres ranchos desde 1998), mientras el centro de la ciudad teme las fisuras del dique o que las aguas rebasen la altura de éste. La Guinea y Corralillo deben encontrar un pronto refugio y ser evacuadas por pangas o por vía aérea; como albergue suelen encontrar alguna escuela, iglesia o salón comunal de Filadelfia o de las incomunicadas poblaciones de Ortega y Bolsón. Llegada la época seca, se clama por reparar o extender el dique y crear una solución mágica que impida las inundaciones, aunque las acciones se quedan en promesas, que en todo caso la próxima inundación haría desaparecer. La anterior es la descripción de una inundación cualquiera entre 2000 y 2007, aunque fácilmente se confunde con muchas de las anteriores. Por eso llama la atención que, por muchos años, se ha conocido y atestiguado el problema pero, de la misma forma, se suele olvidar o ignorar y todo se limita a leer y lamentar cínicamente las tragedias propias y ajenas, sin la concreción de medidas que definitivamente favorezcan el control de la problemática (aunque ha habido propuestas interesantes pero inexplicablemente desechadas).

A modo de síntesis, se puede recordar una vieja anotación acerca del Tempisque: “A pesar de su hermosura, que en partes tiene hasta 100 metros de ancho; a pesar de lo apacible de su corriente, que en algunos parajes hay que observar y pensar hacia qué lado corren sus aguas; a pesar de que por su cauce pasan muchos miles de litros de agua por segundo, agua y energía que día a día estamos lastimosamente perdiendo; a pesar de todo eso, día a día, año tras año, con toda tranquilidad y hermosura, está amenazando de ruina y miseria y muerte a los caseríos y pueblos que en sus márgenes hay, desde el Salto de Ruiz a Bolsón” (Edelman 1998: 271). Aunque tienen más de cincuenta años, estas palabras atribuidas a Daniel Clachar, dueño de la Hacienda El Tempisque, parecieran dichas el día de hoy. Sin duda, en el Tempisque se mezclan y conviven la tragedia y la prosperidad, aunque más la primera, ya que hoy imperan hasta más allá del horizonte los campos cultivados de caña y de melón, lo que implica que toda otra forma de vida tiene que ser eliminada para salvaguardar el éxito de la producción. Solo unos pocos árboles (receptores de basura) adornan las asoleadas y polvorientas calles de la región, así como unos pocos manchones verdes que se observan junto a los ríos, mientras muchos pobladores, por miedo a las futuras inundaciones (debido a los derrumbes o a que los árboles destruyan sus casas), prefieren verlos desaparecer (Centeno 2007).

Atrás quedaron los gritos de los monos congos y las sombras del insigne siete cueros, del guanacaste y los tempisques: ahora son solo recuerdos. Lo que impera es el ruido de las bombas de agua, las secas y arenosas orillas de los ríos... donde aún quedan orillas. Tal vez esta misma carencia y repudio a los árboles es la que nos ha dejado tan expuestos al calor, sin una confortable sombra y sin un ciclo natural de crecimiento de las plantas y los árboles. Tal vez la próxima inundación sea de arena, por la proliferación de desiertos. Se ha olvidado que el río es muy antiguo y ha contemplado a múltiples generaciones y sociedades de seres humanos, algunas desaparecidas y otras perdurando. La naturaleza estuvo mucho antes que nosotros, pero ahora queremos estar solos. En nuestro humano egoísmo hemos olvidado quién llegó primero.

Percepción social de las inundaciones

En el análisis de las inundaciones ocupa un lugar destacado la percepción de la sociedad, que ha sido la verdadera afectada, y que es el objeto de estudio de las ciencias sociales. La percepción es una representación y/o explicación que las personas generan en torno a un determinado evento -en el caso nuestro, las inundaciones-. La percepción incorpora todo el aparato cultural e ideológico de una persona y se conforma de opiniones, visiones, estereotipos, etcétera. Cabe aclarar que no existe una percepción absoluta; lo que se busca es destacar patrones generales en toda la zona estudiada y, en otros casos, advertir particularidades.

Los habitantes consultados en la zona de Filadelfia, La Guinea, Ortega y Bolsón, consideran que una inundación es causada por diferentes factores, tales como el deterioro ambiental, los daños infligidos por el ser humano al medio, el fuerte invierno, la carencia o debilidades de un muro de contención y, en general, la sobreexplotación económica de la cuenca del Tempisque, representada por las actividades de los ingenios y la extracción de arena. Al respecto, la mayor parte de los entrevistados hizo referencia a uno o más de los diferentes factores recién citados, pero no priorizaron ni dieron mayor importancia a ninguno. De este modo, las personas identificaron diversas causas del evento. La inundación, como tal, no fue recordada con mucha precisión, pues raramente se detallaron lugares o fechas. Se le caracteriza como una crecida del río y el desborde del agua, mientras las personas vigilan día y noche el estado del cauce esperando el momento del desborde. Por eso, uno de los afectados en Los Jocotes afirmó que “en la noche uno no duerme, que ya viene el río para arriba, cada hora hay que irlo a ver” (Pizarro 2008).

Rápidamente, la descripción de la inundación se torna en una mirada emocional del problema. Cuando una persona es presa de la inundación sus emociones son principalmente el miedo, la angustia y la desesperación. Sobre el particular algunos entrevistados expresaron: “ahora en la inundación yo tenía miedo, entonces yo bus-

qué una casa en Belén y llevamos colchones y comida para cocinar, pero, gracias a Dios, no salimos, pero ya estábamos preocupados” (Canales 2008). Las inundaciones, a diferencia de otros eventos como erupciones o sismos, no siempre son repentinas, en muchos casos son paulatinas y las personas pueden monitorearlas, prepararse para evacuar o tomar otras medidas de emergencia. Asimismo, los desbordes son progresivos; el río se “llena” por varias horas o días, por lo que el desborde en muchos casos no es tan violento, exceptuando, entre otros, los casos de las llamadas cabezas de agua. Por ende, esas emociones se asocian a la incertidumbre, ya que la persona teme verse afectada, a pesar de que en muchos casos no es seguro que ocurra la inundación, e incluso existe la posibilidad de que el río disminuya su caudal antes de impactar a la comunidad.

Tras expresar sus emociones ante una inundación, que son vagas y se reducen en esencia a lo ya mencionado, el damnificado detalla ampliamente las curiosidades del evento y los daños materiales. Las personas generalmente olvidan en qué año exactamente fue la inundación o qué lugares afectó, pero sí precisan muchos detalles pintorescos, por eso no es extraño escuchar anécdotas acerca de “cerdos nadadores”, “chanchas en pangas y recién paridas”, “lagartos que pasan por la calle”, “bares acuáticos” y “gallinas mojadas”; incluso, muchos manifiestan una paradójica alegría ante las inundaciones. No es para menos: ante una vida cotidiana rutinaria, un evento extraordinario excita la imaginación y las emociones, y éstas se expresan eventualmente con humor. La inundación, irónicamente, permite que la persona se sienta escuchada, que la sociedad sin nombres se detenga por un instante y escuche la voz de personas que, en general, son olvidadas y pasan desapercibidas.

De la exploración del imaginario y las actitudes ante la catástrofe resulta llamativo el que la prioridad para los afectados no siempre fue salvaguardar sus vidas, sino asegurar sus bienes materiales, evitando los daños directos por el contacto con el agua, la cual en muchos casos estaba contaminada: “hay mal olor, todas las cosas se las lleva, el arroz, la comida, los trastes, la ropa...” (Bonilla 2008). Asimismo, muchos permanecieron en las viviendas para evitar convertirse en víctimas del vandalismo, que, de acuerdo con varios entrevistados, es muy común durante las inundaciones, por lo que la verdadera amenaza que perciben muchos afectados por la inundación no es por parte de ésta sino del crimen, ante lo cual el abandono de sus casas se vuelve imposible, teniendo muchas veces las autoridades que obligar al desalojo.

Otra visión reiterada que se manifestó en las personas consultadas se refirió a la estadía en albergues. Habitualmente, los refugios son considerados sitios incómodos, con deficiente alimentación y donde el damnificado debe competir por un lugar para dormir, proteger a su familia y, en algunos casos, confrontar violentamente con otros afectados, así como lidiar con robos y otros actos delictivos. Por eso, “la vida en un albergue es muy dura, es triste, hay que compartir los baños, la comida, a veces hasta el mismo plato donde se está comiendo” (Cascante 2008). Las enfermedades también son un asunto común en los albergues -y en general en época de inundaciones-, sobresaliendo la gripe, la depresión, los problemas gastrointestinales y el dengue (pululan los zancudos dentro de los albergues). Entre los niños las enfermedades son similares, pero para ellos uno de los principales problemas es emocional, por el alejamiento del hogar, e incluso de sus familias, durante la evacuación.

Interesantemente, las inundaciones son enfrentadas distintamente según género. Desde la visión patriarcal, en la que el hombre es el principal proveedor del hogar y la mujer se limita a las funciones domésticas y el cuidado de los infantes, las funciones de los varones en la inundación son salvaguardar la integridad física de la vivienda, proteger del crimen los bienes, conducir a sus familias a los albergues y, después de la inundación, mantener el aprovisionamiento básico de la familia. También desde esa visión se afirma que el hombre posee la capacidad física para enfrentar al agua y las fuertes corrientes, mientras que la mujer es más frágil, invisibilizando así, o reduciendo, el papel de ésta. Pero algunas anécdotas de los entrevistados connotan que el papel de la mujer es igual o aun más trascendente que el de los varones.

Por la edad, las percepciones tienden a ser distintas. Las personas en edades medias tienden solo a recordar inundaciones recientes, mencionando rara vez las acaecidas antes de 1995. Mientras, los ancianos recuerdan algunas más específicas, debido a que dejaron huella en sus vidas. Esas percepciones más que contradictorias son complementarias, pues, conforme crece, la persona toma más conciencia del problema, acrecentándose su capacidad de colaboración ante esos eventos.

En cuanto a la percepción *local* de las inundaciones, varios vecinos en Filadelfia aseguran que son algo muy reciente debido a tres grandes razones ya explicitadas: la carencia de un dique en ciertos sectores, la extracción de arena y la excesiva altura de la carretera interamericana, que impide el rápido desagüe. Por eso comentan que “los areneros se benefician con las inundaciones... sube la arena, un metro vale cinco mil ... los asociados todos ganan bien ... hay muchas argollas” (Obando 2008). En esta comunidad, los pobladores también comentaron que las autoridades, principalmente la Municipalidad, les prometieron que el dique se extendería hasta cubrir Catsa en Liberia y con un presupuesto que alcanzaría los mil millones de colones (*La Nación* 17-1-2008), pero la promesa aun permanece incumplida.

Los vecinos del centro de Filadelfia aseguran que esta región no se inunda desde la construcción del muro en 1974, pero que los medios de comunicación y el resto del país desconocen o malinterpretan la situación, pues tal

localidad solo permanece incomunicada durante los desbordes del río. Asimismo, el centro de Filadelfia aglutina los principales comercios, instituciones y autoridades del cantón, por lo que goza de una ventajosa situación socioeconómica, de una mayor disposición de recursos y de mejores vías de comunicación, como carreteras y pistas de aterrizaje para atender las emergencias. Al sur de la ciudad de Filadelfia se encuentran los ya mencionados barrios marginales de Los Bambúes, ampliamente expuestos a inundaciones. Si bien las promesas de ayuda y bonos de vivienda han sido abundantes, la realidad es la pobreza y, como los vecinos afirman, simplemente se resignan a vivir en tales condiciones.

Por otra parte, las comunidades de Corralillo y La Guinea constituyen la región que, de acuerdo con la mayor parte de los entrevistados, es la más perjudicada, después de Los Bambúes. Estas comunidades presentan varios problemas: Permanecen aisladas e incomunicadas en tiempo de inundaciones, por lo que la evacuación debe ser rápida y afrontando diversos obstáculos. Además, La Guinea se encuentra junto al Tempisque, en un meandro de éste, totalmente expuesta a las inundaciones -ambas localidades se encuentran muy asociadas al Ingenio El Viejo, que en muchos casos ha facilitado su maquinaria para el desplazamiento y rescate de los afectados-. Y, finalmente, Ortega y Bolsón son afectados por inundaciones originadas en ríos menores o quebradas de la cuenca, que se desbordan cuando el Tempisque presenta un excesivo caudal; ambos pueblos permanecen incomunicados y los barrios periféricos en algunas ocasiones son perjudicados con las llenas, pero, generalmente, el salón comunal de Ortega es el receptor de los damnificados de la zona, especialmente de los provenientes de Corralillo y otros barrios.

Un punto en común de muchas de estas percepciones es, a la vez, un encuentro para la discordia: el dique, a partir del que se tejen superficialmente las diferencias inter-locales, ya que para los poblados más afectados el problema se reduce a la carencia de tal muro, en tanto que las percepciones de los pobladores del centro de Filadelfia, resguardados por el dique, son de dos tipos: por un lado, de plena tranquilidad, y, por el otro lado, de temor a que el dique colapse y arrase la comunidad: “el dique es un falso sentimiento de seguridad, ya que, antes de éste, Filadelfia siempre se inundaba... el río puede tener más fuerza si se revienta” (Chanto 2008). Si unimos las percepciones de toda la zona, el deseo compartido por la población es que se construya un *superdique* que proteja a todos los poblados de la cuenca baja del Tempisque. En este caso, simplemente se cree que el dique es la solución definitiva, ya que es fácil de construir (pero carece de calidad y resistencia) y por casi treinta años solo ha protegido hasta cierto punto a Filadelfia.

Todo esto concuerda con las políticas públicas desarrolladas, ya que las inundaciones son visualizadas como una emergencia. Por lo tanto, la atención ha recaído en la Defensa Civil, en la década de los sesenta, en la Comisión Nacional de Emergencias a partir de 1969 y en la Cruz Roja. Han existido tres leyes de emergencia relacionadas con las inundaciones, centradas en la recolección de donativos voluntarios y la utilización de su porción del presupuesto nacional. Por otra parte, dentro de las leyes se estipula las fases de atención de una emergencia, supervisar presupuestos, nombrar personal, coordinar con otras instituciones (públicas y privadas) y elaborar el Plan Nacional de Emergencias con la finalidad de enfrentar estas situaciones o prevenirlas -no necesariamente ambas-. En la última legislación, se creó los *comités locales*, que son actualmente los encargados de atender ese tipo de emergencia o desastre.

Por otra parte, han existido algunas propuestas para contener las inundaciones, aunque ninguna se ha concretado. Una de las más destacadas fue presentada durante el mandato de Miguel Ángel Rodríguez y consistía en un proyecto para contener el agua del río Tempisque. En 1999, los ministerios de Obras Públicas y Transportes y de Agricultura impulsaron dos proyectos de ese tipo. El primero consistía en la limpieza y ampliación -sobre la margen izquierda- del cauce del Tempisque, lo cual permitiría que el agua drenara rápidamente. La segunda obra que se planeaba era la construcción de tres embalses para contener el agua que inunda diferentes poblados en Filadelfia y Santa Cruz, proyecto éste que sería financiado por la Agencia Internacional de Cooperación de Japón (*La Nación* 4-10-1999) y que no solo tendría la ventaja de proteger la región, sino también la de que las aguas fueran aprovechadas para la irrigación de aproximadamente 130.000 hectáreas de la zona.

La propuesta de los embalses no prosperó, alegándose diversos inconvenientes como, por ejemplo, la dificultad para la adquisición de los recursos monetarios, los escasos estudios sobre el manejo de cuencas y la posible degradación ambiental. Según los vecinos, las razones del rechazo son inciertas y hasta ilógicas. El proyecto fue olvidado y, en su lugar, las únicas alternativas que las autoridades han ofrecido son la expansión del dique de Filadelfia y el dragado irregular de los ríos cercanos al Tempisque, acciones que demandarían millones de colones y generarían pocos cambios importantes. Ante esto, es claro que las limitaciones en las ayudas no son pocas, además de las limitaciones burocráticas, lo que se relaciona con las políticas estatales y con las propias de cada entidad.

Conclusiones

El problema de las inundaciones no se reduce a la carencia de un dique o a la fuerza de un río, sino que tiene que ver estrechamente con la delicada relación entre el ser humano y la naturaleza. Gran parte de la población de la cuenca está dedicada a actividades socioeconómicas vinculadas con el río o con los recursos naturales de la cuenca. Cada sector, en diferente medida, ha modificado a través del tiempo la cuenca, sea por la deforestación en el pasado, por la construcción de muros de contención, por la extracción de arena, por los cultivos de caña, melón y arroz, por el transporte acuático o por otras vías. El Tempisque convierte a Filadelfia en una zona muy próspera, a pesar de todos los daños de las inundaciones, y las personas en su totalidad se muestran felices con el lugar que habitan. Por supuesto, desearían que el río no causase daños, pero ése es precisamente el núcleo de la relación.

El Tempisque brinda una seguridad económica plena a la región, pero la percepción -inconsciente- de la sociedad es que el río es un sirviente de ella. La relación entre la cuenca y el ser humano se basa en la explotación, en utilizar todos los recursos posibles, sin percibir que éstos pueden agotarse y que, eventualmente y a largo plazo, la influencia humana podría destruir no solo la cuenca sino todo el ambiente. Hace más de cien años la vida rebosaba en la cuenca, hoy luce bastante degradada y las inundaciones son parte del desastre resultante.

El problema no se reduce a falta de conciencia ambiental. En nuestra sociedad, la prioridad es conseguir una vida digna, traducida, la mayoría de veces, en un trabajo que brinde un ingreso para satisfacer las necesidades básicas y otras más asociadas al consumismo moderno. En términos generales, las personas no destruyen el ambiente por irresponsabilidad o malevolencia, sino para satisfacer tales necesidades.

Numerosas personas se asientan al lado de un río no por negligencia ni ignorancia, sino por su precaria situación económica, que las obliga a colonizar zonas de alto riesgo. También -es cierto- muchos habitan tales lugares menospreciando el nivel de riesgo que existe. Y, asimismo, abundan los que están asentados allí por la identidad con el lugar, dado que sus familias o ancestros habitaron el sitio desde muchas décadas atrás, lo que es frecuente en Filadelfia y Ortega-Bolsón, donde los primeros pobladores llegaron en el siglo XIX. En Guanacaste, donde el acceso al agua es difícil, el Tempisque la proveyó siempre.

Muchos pobladores conocen el problema de las inundaciones pero lo perciben como un mal temporal, que pronto se disipa y regresa la calma habitual del lugar. Además, muchos afirman que siempre han vivido ahí y no tienen suficientes motivos para marcharse, e incluso dentro del folclor se asegura “que los que se bañan en las aguas del Tempisque se quedan a vivir en el lugar” (Canales 2008). El río es el pilar de estas regiones, por lo que el riesgo es concebido como aceptable, y el objetivo principal es lograr la adaptación a las inclemencias temporales del río. Al final, colectiva o individualmente, la mayor parte de las personas concluyen que: “yo vivo feliz de la vida aquí, el problema es el Tempisque, yo he vivido toda una vida aquí”.

Referencias bibliográficas

Edelman, Marc. 1998. *La lógica del latifundio*. Editorial UCR. San José.

El Noticiero 4-11-1905.

La Gaceta 18-5-1939.

La Gaceta 24-3-1999.

La Nación 19-9-1974.

La Nación 21-9-1974.

La Nación 4-10-1999.

La Nación 17-1-2008.

La República 20-10-1995.

Meléndez, Carlos. 1974. *Viajeros por Guanacaste*. Departamento de Publicaciones. San José.

Pampa 10-1954.

Peraldo, Giovanni. 2004. *La novedad de lo constante: el proceso del desastre y su relación con la gestión territorial. Caso del distrito de Rivas, Pérez Zeledón, Costa Rica*. Tesis de maestría, UCR. San José.

Retana, José y Johnny Solórzano. Sin fecha. *Relación entre las inundaciones en la cuenca del Tempisque. El fenómeno de La Niña y los rendimientos del arroz seco*. IMN. San José.

Entrevistas

Bonilla. 2008.

Canales. 2008.

Cascante. 2008.

Centeno. 2007.

Chanto. 2008.

Obando. 2008.

Pizarro. 2008.